

Catástrofes y lecturas espectaculares: el sensacionalismo desde la era pre periodística hasta el siglo XX¹³⁹

Francesc-Andreu Martínez Gallego

Universidad de Valencia

Francesc.martinez@uv.es

Inmaculada Rius Sanchis

Universidad CEU Cardenal Herrera

Irius@uchceu.es

Resumen:

El trabajo se plantea descubrir los orígenes de la narrativa sensacionalista, que hoy es frecuente en medios de comunicación y está derribando la frontera entre medios blancos y medios amarillos. Para hacerlo escarbamos en el “espectáculo” de las catástrofes construidas narrativamente en las relaciones de noticias y en la prensa de los siglos XIX y XX. Nuestra hipótesis es doble: la existencia de un canon narrativo trágico, que se ha ido perpetuando a lo largo del tiempo y adaptándose a los géneros periodísticos; y el uso de la narración catastrófica para apuntalar el poder, en la mayoría de los casos, o para socavarlo en alguna ocasión.

Palabras clave: Sensacionalismo, amarillismo, catástrofes, pre periodismo, prensa

Abstract:

The paper is about discovering the origins of the sensationalist narrative very often today in the mass media, which is breaking down the border between *white* media and *yellow* media. With this object, we inquired in the “spectacle” of catastrophes narratively constructed, also in the relations of news while at the nineteenth and twentieth centuries’ press. Our hypothesis is double: on one hand the existence of a tragic narrative canon, which has been perpetuated over the time and adapted to journalistic genres; on the other hand, the use of catastrophic narrations as a support of the established power, in many cases, or occasionally to undermine it.

Keywords: Sensationalism, yellow press, catastrophes, pre journalism, press.

1.La sensación pre periodística y la catástrofe

Como dijo Steimberg (1987), el sensacionalismo es, ante todo, un cierto modo de titular y de contar. También apunta el mismo autor que el sensacionalismo está muriendo de éxito:

¹³⁹ Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación CS0215-66667-R, “Cambios en la empresa periodística: la estrategia del sensacionalismo. Su emergencia histórica en España y América”, y cuenta con la financiación de MIMECO y FEDER.

lo “amarillo” está desapareciendo como marca distintiva porque muchos periódicos “serios” o “blancos” lo incorporan de forma indiscriminada.

Más allá de su evolución actual, buscaremos aquí los orígenes remotos del amarillismo y, sobre todo, lo que para el mundo del arte Aby Warburg llamó el *pathosformel*, esto es, los arquetipos culturales (Burucua, 2007), en el caso que nos ocupa, de naturaleza narrativa, que recorren la historia del noticierismo. Si la prensa amarilla, cuando asumió dicha denominación a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, se caracterizó por la exageración en el titular y en el adjetivo, por la información minuciosa sobre crímenes, accidentes, catástrofes y vidas privadas de personajes conocidos, lo cierto es que, como tradición narrativa, existía desde mucho tiempo atrás. Ettinghausen (2015a: 145-236) ha escrito con pertinencia sobre cómo las relaciones de noticias impresas, desde el siglo XV, cuando se sitúan del lado del tremendismo, preludian con sus monstruosidades y sus catástrofes, el amarillismo.

En cuanto a la *pathosformel* narrativo, Andrés García (2006), que ha estudiado la narrativa catastrófica en los medios actuales, apunta que el relato de las catástrofes en los medios de comunicación sigue la pauta de las tragedias griegas, puesto que la dialéctica narrativa procede de la dualidad entre orden roto y orden restablecido. Encontraremos al héroe (normalmente una institución, por lo común perteneciente al Estado). Habrá también un antihéroe (por lo común otra institución, por lo común privada, como una empresa). Hallaremos también un coro, a quien el narrador le encomienda la creación de un clima de catarsis colectiva. Nos encontraremos al augur, esto es, al servicio o a la persona que había predicho lo que iba a ocurrir, pero a la que nadie escuchó en su momento. Y, finalmente, habrá los consejeros del héroe, los técnicos o expertos, que ofrecerán diagnósticos y soluciones, aunque manteniéndose al margen de las actuaciones.

La hipótesis de García, como la de Warburg, tiene mucho que ver con esa teoría del “cuento infinito” que debemos a Vladimir Propp (1998). Según Propp, todo cuento está constituido por un conjunto de parámetros que se distribuyen según unas «variables» (el nombre y los atributos de los personajes) y unas «constantes» (las funciones que éstos cumplen). Las 31 funciones del cuento que Propp identifica, y que a menudo se encadenan en un orden idéntico, constituirían un esquema canónico del cuento maravilloso. Propp define también el cuento maravilloso como un relato con siete *dramatis personae* que

tienen cada uno su esfera: el héroe, el antihéroe (o agresor), el mandatario, el donante, el ayudante (a menudo mágico), el impostor y la princesa o el rey.

El relato catastrófico se asemeja a un cuento maravilloso (y al relato mitológico) y eso (parcialmente) explicará su navegación histórica, de formato en formato. La catástrofe no sólo es un hecho imprevisible y grandioso, con alto grado de peligrosidad y con víctimas seguras, sino que contiene buena parte de los personajes señalados y de los esquemas morfológicos o funciones que Propp delimitó.

Sin embargo, la construcción del relato no lo explica todo. Lo característico del amarillismo no ha sido, solo, su lenguaje y su temática. Lo ha sido, también, su público. El público iletrado, escasamente alfabetizado o, en todo caso, escasamente lector. Como dice Alabarces (2002: 72) “lo que define este tipo de prensa es el público, históricamente privado del capital simbólico que le permitía discutir las jerarquías del saber y el consumo legítimo, se vio confinado al papel subalterno de consumidor de segunda de una prensa de segunda”. Consumidor de una prensa que le ofrecía casos singulares, pero también personajes “pequeños” con los que podía identificarse o personajes “grandes” a través de los cuales podía ensoñar la emulación.

En el mundo del pliego de cordel y las relaciones noticiosas, las historias buscan activar representaciones y expectativas colectivas. Es cierto, como afirman Sunkel (2001) y Martín Barbero (1987), que el sensacionalismo parte de tradiciones populares. Pero, en nuestra hipótesis, también lo es que dichas tradiciones populares fueron *creadas* desde fuera de los consumidores de relatos espectaculares y que tales relatos se construyeron con una finalidad de naturaleza moral: esto es, con la voluntad de establecer una determinada moral como ampliamente compartida por los destinatarios del pliego, de la relación o del periódico.

Nuestro trabajo abordará, pues, y en primer lugar, las formas narrativas de construir el relato sensacionalista en el pre periodismo. Nos concentraremos en los pliegos sobre grandes catástrofes (Clavandier, 2004). Pero, además, buscaremos las moralejas que los relatos de dicha naturaleza intentaron inocular en sus lectores, su relación con la estructura sociopolítica y, en definitiva, con las estructuras de poder y las tensiones en la construcción de la hegemonía. Los públicos no pueden ser tenidos en cuenta sólo por su capacidad lectora; deben serlo también por su posición en las coordenadas sociales. A continuación,

nuestro trabajo se deslizará en una nueva dirección: cómo el relato sensacionalista sobre catástrofes de la era pre periodística trascendió a la era periodística. Para realizar ese viaje nos concentraremos en sucesos catastróficos de los siglos XIX y XX, así como sobre su tratamiento periodístico, para observar si las pautas narrativas, las formas de construcción del relato y las consideraciones de naturaleza moral, se han transferido o han experimentado variaciones y, de ser así, en qué dirección.

2.Relaciones catastróficas y moralejas

Las *relaciones de sucesos*, en su forma manuscrita o en su forma impresa, antecedieron a los periódicos y construyeron varias de sus narrativas. Estas relaciones, impresos breves de carácter informativo y no periódico, se vendían como los pliegos sueltos de la llamada literatura de cordel: normalmente a través de ciegos que se encargaban de la distribución, las relaciones llegaban a un público amplio y no necesariamente alfabetizado en su totalidad. Tal es así que los estudios sobre cultura popular en los tiempos modernos las consideran fundamentales para entender los modos de lectura y las interpretaciones sociales del entorno.

Sin duda, eran leídas también por públicos cultos; pero su destino previsto eran los públicos populares. En las dos últimas décadas del siglo XVI se produce en casi toda Europa un salto cuantitativo en la producción de impresos. En España llegará un poco más tarde, en las primeras décadas del siglo XVII. Más allá de las cronologías concretas, representa un momento clave en el desarrollo hacia la comunicación de masas, puesto que coincide con la aparición de la primera prensa periódica.

Por entonces, la mayor parte de la prensa puede ser tildada de propaganda del poder y se dedica a ensalzar victorias bélicas o a celebrar fiestas y efemérides cortesanas y eclesiásticas. A su lado, en el segundo escalón, y con una extraordinaria importancia numérica, existe esa otra prensa que copia de las relaciones catastróficas y que algún autor se ha atrevido, de forma extemporánea pero descriptiva, a tildar de amarilla: prensa con noticias de catástrofes, accidentes, crímenes y enredos de toda índole. Ettinghausen (2015b) insiste en que «la prensa amarilla de los siglos XVI y XVII comparte, en el fondo, los mismos presupuestos morales que el resto de relaciones».

Y así, a Abel Iglesias (2013) le llama la atención la abierta propuesta moralizante de las relaciones. Una, de 1682, que nos habla de la erupción del Vesubio, termina del siguiente modo:

«De que se infiere con manifiesta evidencia, que siempre que Dios obra semejantes prodigios, por medio de las causas segundas, se dirigen, y son para nuestra enseñanza, corrección y enmienda, castigando a pocos, para escarmentar a muchos. Disponga su Majestad Soberana nuestros corazones de tal forma que, prevenidos de la Divina Gracia, obremos en todo muy conformes y resignados a la muy justa y altísima voluntad suya»

La Providencia está al acecho y castiga o enmienda a las gentes enviándole sus plagas egipcíacas en forma de catástrofe natural, mientras los representantes de Dios en la tierra, los reyes absolutos, ayudan al común de los mortales a resignarse a su suerte, puesto que tanto el lugar que ocupan en la sociedad como los padecimientos sobrevenidos son voluntad divina y, por ende, insoslayable y omnímoda. Una relación sevillana sobre la crecida del Guadalquivir exalta, además, la tarea de las autoridades, el arzobispo, del corregidor, del presidente del Cabildo, convirtiéndose así las relaciones catastróficas en otra modalidad, más velada si se quiere, de la propaganda (Iglesias, 2013: 88).

Algunos autores apuntan, incluso, a la inclusión de las relaciones sobre sucesos catastróficos naturales en el contexto de *disciplinamiento social* (González, 2010). Un monje benedictino escribió a principios del siglo XVII (De Alfaro, 1604: 491) que tal disciplina consistía en «la corrección de las costumbres y la observación de las reglas de nuestros mayores que precedieron». El individuo del pueblo llano debía aprender a interiorizar la disciplina y a aceptar la jerarquía social, la autoridad del gobernando y las leyes del estado y ahí entraban una serie de recursos como las imágenes, las piezas teatrales, las procesiones, los sermones, los autos de fe y, por supuesto, las relaciones que explicaban que los pecados, esto es la vulneración de la norma o de la obediencia debida, iba a ser castigada por Dios con el rigor del Yahveh del Antiguo Testamento, enviando catástrofes simpar. Las relaciones pueden dejar claro que las interpretaciones “naturales” (hoy diríamos científicas) de las catástrofes son erróneas, siendo necesario acudir a la Providencia para hallar una interpretación satisfactoria de las mismas. El comportamiento de la población se ha apartado de lo establecido por la Ley Divina, por lo que dicho comportamiento debe reformarse y enmendarse, tal y como queda constatado en las relaciones catastróficas.

Las relaciones de sucesos, que formaban parte de los romances de ciego o pliegos de cordel, tenían un sofisticado aparato de distribución. De ahí su enorme influencia, puesto que tan portentoso despliegue mercantil permitía a los impresores producir masivamente. En Valencia existía una Cofradía de Ciegos Oracioneros de la Vera Cruz, encargada en exclusiva de repartir y vender tales relaciones. En 1776 y sólo en los anaqueles del impresor valenciano Laborda existían más de 200.000 estampas y más de 300.000 romances, que los ciegos agrupados en la citada cofradía se encargaban de hacer llegar a sus ávidos consumidores.

Evidentemente no toda la literatura de cordel ni todas las relaciones pueden ser contempladas como sensacionalistas, pero de lo que no debe haber duda alguna es de que las que nos hablan de sucesos catastróficos deparan un tratamiento altamente sensacionalista al tema tratado.

Llegados hasta aquí, cabe apreciar hasta qué punto el sensacionalismo catastrófico premediático incidió en el tratamiento periodístico de las catástrofes naturales por parte de la prensa contemporánea. Jean François Botrel (2016) ha afirmado que es necesario medir los efectos que la literatura de cordel tuvo sobre la prensa sensacionalista. Nuestra hipótesis es que el efecto fue arrollador, puesto que la prensa sensacionalista se limitó a recoger los materiales de derribo de la subliteratura popular, a ordenarlos y rehacerlos siguiendo los nuevos criterios de maquetación y a presentarlos de una manera más vivaz, si cabe, alejándose progresivamente, por influjo de la ciencia, de los relatos imaginarios y sustituyendo dicha imaginación (monstruosa) por imágenes explícitas y en gran medida descontextualizadas proporcionadas por el grabado y la fotografía. Lanzamos aquí una segunda hipótesis. Si en las relaciones de la Edad Moderna hemos visto la ligadura tan estrecha que éstas tuvieron con la política, con el *disciplinamiento* en una sociedad feudal y absolutista, tal vez debamos inferir que en sociedades contemporáneas, el tratamiento sensacionalista de los sucesos catastróficos en la prensa y demás medios de comunicación estará, también, ligada de algún modo a los modelos políticos imperantes.

Para poner a prueba nuestras hipótesis intentaremos analizar la información periodística, sus recursos narrativos y su intencionalidad, en tres catástrofes naturales: la riada de 1864 y 1982 en el río Júcar.

3.La riada de San Carlos (1864)

Los días 4 y 5 de noviembre de 1864 tuvo lugar la mayor crecida registrada en los ríos que atraviesan la comarca de la Ribera del Júcar (Valencia, España) en los últimos quinientos años, al menos. Fue la mayor catástrofe natural de la España del siglo XIX.

Se conoció como “la riada de San Carlos” (Boix, 1865; Bosch, 1866; Gómez, 1879; Mateu 2014-15).

Al analizar las noticias periodísticas al respecto, lo primero que sorprende es el tratamiento diferenciado según se trate de periódicos progresistas y/o demócratas o de prensa conservadora en sus diferentes variantes. La prensa avanzada se hizo rápidamente eco de lo acontecido y asumió, por así decirlo, un posicionamiento beligerante al respecto. El 10 de noviembre el periódico madrileño *La Iberia*, daba las primeras informaciones, no de la riada, sino de la reacción gubernamental ante la misma. Tras informar de la reunión del Consejo de Ministros para discutir, entre otras cosas, las medidas a tomar ante la inundación, el periódico se pregunta «¿Pero todavía no ha tomado medida alguna ni facilitado auxilio? Y hablamos así, porque lo de la remisión de cien mil duros que se anunció, aun no se ha confirmado».

Así pues, mientras el gobernador de la provincia de Valencia, Celestino Mas Abad, conseguía que los dos principales periódicos de Valencia, el *Diario Mercantil* y *La Opinión*, informasen más que de los efectos de la riada, de la respuesta institucional a la misma, haciendo seguimiento de sus visitas a la zona inundada, la prensa progresista y demócrata se dedicaba justo a lo contrario, a subrayar la tardanza y la parquedad en la respuesta de las autoridades.

En Valencia no puede homologarse, a pesar de la presión del gobernador civil, la tipología informativa de los dos periódicos citados. Mientras *La Opinión* alaba sin paliativos la labor gubernamental, el *Diario Mercantil* intentará vincular sus crónicas más a los hechos que a las valoraciones. En 1865 Vicente Boix, cronista de la ciudad de Valencia, un antiguo demócrata pasado a las filas del moderantismo y a sueldo del dueño de *La Opinión*, José Campo Pérez, escribió un prolijo, bien informado y alabancioso libro sobre la riada en el que Mas Abad era “la autoridad benéfica que acude a las desgracias públicas, el genio protector de los pueblos, el padre, el amigo de los desgraciados” (Boix, 1865, 187-188).

En cuanto a los hechos, tanto los relatados por el *Diario Mercantil* como por la prensa local y la madrileña (que casi siempre copia las crónicas del *Diario Mercantil*), propenden a destacar las llamadas “noticias de interés humano”, tamizado por una retórica de rica y heroica adjetivación. Los héroes del deber, de los que habla Caille (2005) están aquí presentes. Por ejemplo, toda la prensa madrileña reprodujo, los días 10 u 11 de noviembre, un relato que comenzaba así:

«Naufragio. En medio de los desastres que ha producido el rudo temporal experimentado en la costa de Valencia, debemos comunicar a nuestros lectores un hecho de sublime heroísmo, que enaltece a sus autores y a la clase marinera del pueblo del Grao.

De los cinco buques que en el mencionado día se perdieron ceca de aquel muelle, uno de ellos, el laúd del patrón Jover, no pudiendo tomar puerto y arrastrado por la corriente, vino a embarrancar a las siete de la tarde junto a la embocadura del río Turia y cerca de la escollera del contramuelle. El golpe determinó alguna libera vía de agua que los marinos dominaban fácilmente, y no siendo grande el peligro el patrón pudo llegar a tierra para tomar las disposiciones de salvamento que exigía la situación del buque.

La tripulación, compuesta de cinco hombres y un niño, firme en su puesto, esperó toda la noche ocupada en descargar el casco del agua; pero en la madrugada el río Turia comenzó a engrosarse hasta el punto de saltar su cauce natural y anegar los vecinos campos.

La avenida era tan formidable que aún se muestra imponente, y levantando el laúd lo arrastró en su torbellino hundiéndolo en las olas...» (*La Nación*, 10/11/1864).

El relato épico continúa explicando que los marineros consiguieron salvar momentáneamente la vida asiéndose al tronco de un árbol, pero que fue la población entera del Grao la que, acudiendo al contramuelle y un hábil marinero, Francisco Sánchez, se hizo a la mar embravecida con una embarcación de recreo y logró salvar la vida de los naufragos. El relato es digno de la novela folletinesca, que por entonces se desarrollaba en el faldón de los periódicos, convertido en el inquilino de abajo. Y, a su vez, el relato folletinesco y romántico, no hace sino hacer suya la narrativa tantas veces ensayada por los pliegos de cordel. A este arquetipo narrativo, propio del sensacionalismo, Guillermo Sunkel (1985) lo ha denominado matriz simbólicodramática, y ha observado que, aunque propia de la cultura popular y opuesta a la matriz racional-iluminista, irá conquistando progresivamente los espacios simbólicos gestionados por las clases dominantes, sobre todo cuando éstas descubran que pueden ganar dinero con ello al incorporar a las clases populares al consumo de información y/o entretenimiento.

El análisis de Andrés García (2006) debe ser expuesto históricamente. En el caso de la riada de San Carlos, el héroe y el antihéroe intercambian los papeles según qué periódico realice la narración. La estructura narrativa es la misma, pero la administración del estado puede ser la mano amiga o la enemiga, según quien establezca el relato.

El sensacionalismo, pues, en el relato catastrófico tiene, en su estilo narrativo, variantes determinadas políticamente. Con relación a la riada de San Carlos, la construcción del Estado (de la Monarquía, del Gobierno) como Héroe, fue contrarrestada por la prensa progresista y demócrata a través de las suscripciones a beneficio de los damnificados. Veamos de nuevo el periódico demócrata *La Discusión*. Un espléndido editorial del 12 de noviembre establecía el *phatos* dramático, trágico, sin paliativos:

“(…) No pueden leerse los periódicos y cartas particulares de Valencia sin que la voz se ahogue en la garganta, sin que el corazón se oprima, sin que broten las lágrimas den los ojos (…). Confesamos que no es posible considerar sin honda pena el cuadro tristísimo e imponente que nos ofrece en la actualidad aquella infortunada provincia: animales, cosechas, muebles, fruto de tantos y tantos sudores, todo perdido y arrebatado por el desbordamiento de los ríos e inundación de las comarcas; centenares de fábricas, molinos y obras de todas clases, arrastrados del mismo modo por la impetuosa corriente; millares de casas destruidos; los campos convertidos en seco, cubiertos unos de cieno, despojados otros de la flor de la tierra, todos incultivables e improductivos durante años. Agréguese a esto las muchas víctimas humanas, cuyos cadáveres aparecen ya flotando sobre las aguas y las que aparecerán luego entre los escombros de tantos humidimientos (…)”

Pero, al mismo tiempo, el diario demócrata pretendía buscar responsabilidades:

“Desgraciadamente, los hechos que acaban de acontecer en la provincia de Valencia vienen repitiéndose en España con una frecuencia que ha debido llamar la atención de los gobiernos previsores; pero aquí, donde los gobiernos se suceden rápidamente para labrar la desventura de la patria, en todo se piensa menos en prevenir (…).”

Tras relatar varias inundaciones habidas en la década anterior a los sucesos del 4 de noviembre de 1864, *La Discusión* preguntaba:

“¿Por qué no ha nombrado una comisión de ingenieros que, estudiando las inundaciones y sus causas en las diferentes localidades, aconsejara al gobierno los medios que este debe poner en juego para conjurar en lo posible aquellas desgracias, y hasta para utilizar esos mismos torrentes a favor de la industria y la agricultura?”

La Discusión era más que pesimista:

“¿Podemos esperar hoy del actual gobierno otra conducta que la que siguieron sus predecesores? De ninguna manera. Aplicar unos cuantos millones de reales, abril, cuando más, una suscripción; a esto quedará reducida toda su acción”.

La Discusión se equivocó. El gobierno hizo, en efecto, lo vaticinado, pero también nombró esa comisión de expertos a los que se hizo alusión. ¿Lo hizo motu proprio, lo hizo espoleado por la crítica? Lo cierto es que progresistas y demócratas decidieron establecer sobre el terreno una red de ayuda a los damnificados, una red que tenía su epicentro en los periódicos que lanzaron campañas para la recaudación de dinero y en los comités locales, que se organizaron para repartirlo. Por seguir con el demócrata *La Discusión*, ésta iniciaba la “suscripción para socorrer las desgracias producidas en la provincia de Valencia por las últimas inundaciones el domingo 20 de noviembre de 1864”. Lo hacía de manera

contundente, suscribiendo al propio periódico por la cantidad –abultadísima- de 1.000 reales. Cada cierto tiempo el diario publicó en primera página las aportaciones de los demócratas a la causa señalada *La Discusión*, (entre el 29/11/1864 y el 20/12/1964). El 6 de diciembre, *La Discusión* incluía una carta firmada por insignes líderes demócratas muy unidos a Valencia (Nicolás María Rivero, Estanislao Figueras, Emilio Castelar, José Cristobal Sorní y Luis de Moliní) para reunir dinero y, con él, construir casas para las clases pobres en la localidad de Alzira, a un coste estimado de 6.000 reales por casa.

El análisis de estos procedimientos nos llevaría demasiado lejos. Pero evidencia que nuestra hipótesis sobre la mediación política de las catástrofes es cierta en la riada de San Carles. Contra la opinión de Joan Mateu, que vio en ella un momento cenital del despliegue de las fuerzas gubernamentales a la hora de paliar los efectos de las catástrofes y de allegar información para evitar males mayores y repeticiones de lo acontecido, lo que ocurrió fue que las huestes progresistas y demócratas hicieron ver que suplantaban a un Estado ineficaz (por estar dirigido por conservadores) y consiguieron aumentar exponencialmente el número de simpatizantes en las comarcas inundadas (Martínez, 2001).

4.La “pantanada” de 1982

Pepa Martorell (2012) trabajó las portadas de *Levante* y *Las Provincias*, de forma comparada, respecto al tratamiento de las riadas de 1957 (río Turia) y 1982 (río Júcar), para concluir que:

«La riada de 1982 ocurre en un contexto histórico marcado por las elecciones generales y por la visita del Papa; por tanto, la *agenda-setting* es obvia y está estigmatizada por ambos acontecimientos que dejan en un segundo plano al que hubiera protagonizado las portadas. Sin embargo, el patrón es el mismo que en el 57 después de dos portadas en las que la catástrofe es el tema central, adquiere protagonismo la visita de los Reyes a la zona afectada y, además, al día siguiente de las Elecciones Generales ninguno de los dos periódicos locales hace ni la más mínima referencia a la catástrofe en la portada. Sólo se ocupan, en exclusiva, del nuevo gobierno.

La diferencia fundamental entre el período franquista y el democrático, más allá de cuestiones formales, es la exigencia de responsabilidades que, en el año 82, son, quizá, más significativas por gestarse en el contexto de una campaña electoral y por la polémica que suscitó la mala gestión pública de una infraestructura hidráulica, la presa de Tous, y del muro de contención que supusieron la autopista A-7 y las vías férreas de Silla a Gandía»

A Martorell la exigencia de responsabilidades puede no parecerle una cuestión relevante en la diferenciación entre regímenes dictatoriales y democráticos. A nosotros nos parece descomunal. Sin embargo, también desde nuestro punto de vista, además de por la *agenda-setting* (según la cual la selección temática de los medios es la que influye en la selección

o percepción del público y no a la inversa) y la relevancia que en ella pudieron tener la visita del Papa y las elecciones, creemos que otro factor intervino de forma decisiva en la pequeña batalla que desencadenó la riada de 1982 o la pantanada de 1982. Esta es la cuestión. El denominado *frame periodístico*, que tiende a indentificar el marco, esquema o tema (según se priorice teóricamente los aportes de la Sociología, la Psicología o la Lingüística) con el que los medios informaron. “La presa [de Tous] ha hecho un papel heróico, pues ha alargado el período de la avenida” manifestó un portavoz de la Confederación Hidrográfica del Júcar, que explicaba que la retención de agua en Tous había posibilitado que la primera avenida, cuando empezó la inundación, sólo procediera de los afluentes por la derecha del Júcar, situados después del embalse (*El País*, 22/0/1982). Sin embargo, la presa de Tous había cedido...

¿Riada o pantanada? Uno u otro *frame* tenían consecuencias muy distintas. El factor humano, esto es, la responsabilidad política o técnica o ambas iban a quedar mucho más señalada si vencía el *frame* pantanada, mientras que el *frame* riada se ajustaba mejor al concepto de desastre Natural.

El martes 19 de octubre no paró de llover. A mediodía la Confederación Hidrográfica anunciaba a los medios que el río llevaba un caudal de 260 m³ y que por la tarde podría alcanzar los 1.000 m³, cuando el caudal medio del río era de 30 m³ por segundo. El aviso de los centros meteorológicos a la Confederación no hizo mella. A la caída de la tarde, el responsable de la presa de Tous se ausentó, como de costumbre. Había llovido poco hasta entonces. A la mañana siguiente, el agua desbordaba el muro de contención. La noche del 19 al 20 de octubre fue intensa. A las 3 de la madrugada el sistema eléctrico de la presa de Tous quedó inutilizado. A las 7 las aguas acumuladas en el embalse habían aumentado 8 metros. Se intentan abrir los aliviaderos, pero no hay energía para hacerlo. El único grupo electrógeno está cubierto por las aguas. Los ingenieros de la presa mandan al gobernador civil un primer aviso a las 9.30 de la mañana. Le seguirán cinco más, el último a las 6 de la tarde. La presa tal vez no aguante, dicen esos comunicados. Dos horas más tarde los alcaldes de Alzira y Carcaixent avisan de la existencia de cierto peligro, pero sin alarmar. Solo a las cinco de la tarde se hace acopio de megafonía por si hay que avisar rápidamente a la población. Dos horas después 120.000.000 de m³ de agua de la presa comienzan a deslizarse por la Ribera, con un caudal superior a los 4.000 m³ por segundo. Una hora

después, Alzira y Carcaixent están inundadas. Por si fuese poco, en su búsqueda del mar, las aguas chocan con la autopista, que las retiene, eleva su nivel y hace que duerman durante día y medio en algunas localidades.

El caudal de la riada que causó la rotura de la presa casi alcanzó los 9.000 m³ por segundo. La cantidad de desagüe de las compuertas, que ya no pudieron ser abiertas, era de 7.000 m³ segundo. La cantidad de agua embalsada aquel día no llegaba a los 50 Hm³, cantidad insignificante si se compara con los 1.000 Hm³ que se precipitaron sobre la cuenca de recepción del embalse, antes de la rotura. Después cayeron otros 1.500 Hm³. Gracia a que no se pudo abrir el aliviadero, el pantano retuvo la primera avenida del río Escalona, afluente que ya llevaba al amanecer del día 20 unos 4.000 m³ por segundo. El pantano laminó al principio la riada. Después se limitó a verter agua al inmenso lago en que se había convertido la comarca de la Ribera.

Hasta el mismo presidente del gobierno, Leopoldo Calvo Sotelo, ingeniero de caminos, canales y puertos, rechazó la posibilidad de la rotura de la presa. A las 6 de la tarde del día 20, el ingeniero González Marín comunicó la rotura de la presa. Era falso. Pero sabía que iba a suceder y buscaba una reacción de las autoridades para evitar males mayores. Lo consiguió y comenzaron las evacuaciones, ordenadas por Gobierno Civil, de Sumacàrcer, Antella, Gavarda, Alberic, Alcàntera y Rotglà.

En definitiva, un conjunto de errores humanos y defectos técnicos se unieron al furor de las aguas caídas en una impresionante tormenta para anegar la Ribera del Júcar. Tal fue la confusión, que *ABC* situó en portada, el jueves 21 de octubre, ¡una gran foto con daños de la riada... de Alicante! Y con un titular que decía “Fisuras en la presa de Tous y creciente peligro de reventón”... cuando la presa ya había reventado. Este periódico —y no es el único— muestra muy bien el uso de la fotografía como recurso sensacionalista, que servirá para “mostrar” la catástrofe en vez de preguntarse el por qué se había producido. La portada del 22 es la presa de Tous desaparecida, aunque con un subtítulo en la línea del relato épico de la presa: “Gracias a las trece horas que tardó en reventar fue posible la evacuación”.

También es una buena muestra de cómo una catástrofe deviene, informativamente hablando y con suma rapidez, una cuestión de exaltación a los poderes públicos: la visita

de los reyes a la zona afectada, mostrará este salto. Luego... siguió el sensacionalismo con una vaca sobre un vagón del ferrocarril y el dolor de fondo. Última portada.

5.A modo de conclusión

Dice Gil Calvo (2009) que cuando se produce una catástrofe ambiental o humana, «los medios aprovechan para escenificar un acontecimiento mediático que multiplica y propaga sus efectos escalando el nivel de riesgo percibido (...) De este modo, una fortuita coincidencia de crímenes domésticos, de trastornos alimentarios o de ataques escolares puede convertirse, gracias al efecto contagio inducido desde los medios de comunicación, en auténticas epidemias de violencia de género, de anorexia y bulimia o de violencia y acoso juvenil». El autor, consciente de que el miedo es una pasión totalitaria, se muestra preocupado por aquello que el miedo puede inducir: la sumisión. Sin duda, es un factor a tener en cuenta, pero de nuestro análisis se desprenden también otros elementos.

En primer lugar, la *narrativa trágica* que acompaña a las relaciones de sucesos en tiempos preperiodísticos, se mantendrá, sin demasiadas alteraciones, hasta la actualidad. A través de la narración melodramática que emula a la novela por entregas romántica en el siglo XIX; a través de la narración sensacional que construye conceptualmente un acontecimiento (*frame*) en el siglo XX. La estructura de la tragedia griega, con el héroe, el antihéroe y el coro, se mantiene a modo de *pathosformel*. Es fundamental conocer la trama narrativa de las relaciones de sucesos si queremos entender por qué y cómo informan los medios sobre determinados acontecimientos catastróficos, puesto que toda narrativa se explica tanto por su contexto como por la tradición en la que se inscribe, incluida la periodística. El formalismo, por otra parte, no debe ocultar la realidad: el modo de relatar la catástrofe (que ha tenido evidentes continuidades) no presupone los usos sociales, culturales y políticos de la misma.

La segunda cuestión es que el sensacionalismo, en su *continuum* narrativo, es un recurso frecuente para velar la realidad, no sólo para atraer audiencia o público lector. Hemos visto que, de forma distinta, fue utilizado en las dos riadas analizadas en su narración periodística para ese fin. En las riadas de 1864 y 1982, el control o la influencia gubernamental sobre las fuentes es siempre relevante. Los expertos o técnicos no se

comportaron –generalizando- como altavoces de posiciones sólidas o científicamente probadas. Más bien actúan bajo la presión de las autoridades, por lo que los periódicos acaban decantando la información hacia el punto de vista de tales fuentes interesadas. En 1864 esto fue más contundente que en 1982, pero en ambas fechas se produjo una contestación pública que puso de manifiesto las grietas del control informativo en regímenes liberales. La petición de responsabilidades fue, en ambos casos, contundente, aunque, paradójicamente tuvo mayor incidencia en 1864 que en 1982.

En tercer lugar, la idea según la cual la principal lección de una catástrofe debe prepararnos para recibir mejor la siguiente, esto es, con más armas para hacerle frente, puede constituir una visión ética de la catástrofe, pero no responde a su realidad histórica. En las narraciones preperiodísticas y periodísticas, de lo que se trata es de construir marcos de sentido para que las catástrofes a) ofrezcan moralejas insertas en el *statu quo* de la ideología dominante; b) sirvan a los poderes gubernamentales para apuntalar su imagen de “héroes del deber”; o c) ayuden a las oposiciones (políticas) a socavar la capacidad gubernamental para gestionar acontecimientos no ordinarios que generan gran afectación entre la población, tanto a nivel real como psicológico. Por último, el público receptor de la narración trágica de la catástrofe es un atento seguidor del relato dialógico del héroe y el villano. Necesita culpables para explicar el acontecimiento extraordinario y necesita lecciones morales, si quiera sean protagonizadas por individuos heroicos, para sobreponerse a la catástrofe. Pero estos afanes no están en su naturaleza. No se abona a la “falta de seriedad” o al escapismo por su incapacidad cultural para asumir relatos alternativos. El público forma parte, también, de una longeva tradición cultural. Es aquí donde el sensacionalismo puede servir para apuntalar ideas hegemónicas o para ponerlas en entredicho a través del relato de la catástrofe. Las más de las veces, la catástrofe entroniza. En alguna ocasión, destrona.

Índice Bibliográfico

ALABARCES, P. (2002): *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.

- BOTREL, J. (2016): “El sensacionalismo en la era premediática”, en ALMUIÑA, C., MARTÍN, R. y LÓPEZ, J. (eds.): *Sensacionalismo y amarillismo en la Historia de la Comunicación*. Madrid. Fragua, 25-37.
- BURUCUA, J.E. (2007): *La imagen y la risa*. Cáceres: Editorial Periférica.
- CAILLE, F. (2005): “Les héros du devoir. Presse populaire et traitement médiatique des catastrophes au XIXe siècle”, en FAVIER, R. y GRANET-ABISSET, AM. (dir.), *Récits et représentations des catastrophes depuis l’Antiquité*, Grenoble, CNRS MSHA-Alpes, 307-326.
- CLAVANDIER, G. (2004): *La mort collective. Pour une sociologie des catastrophes*. París: CNRS Éditions.
- DE ALFARO, G. (1604): *Gobierno eclesiástico y seglar*. Alcalá de Henares. Imprenta de Justo Sánchez Crespo.
- ETTINGHAUSEN, H. (2015a): *How the Press began. The Pre-periodical Printed News in Early Modern Europe*. Janus, Anexo 3. A Coruña: SIELAE.
- ETTINGHAUSEN, H. (2015b): “Prensa amarilla y barroco español”, en CHARTIER, R. y ESPEJO, C. (eds.): *La aparición del periodismo en Europa. Comunicación y propaganda en el Barroco*. Madrid: Marcial Pons.
- GARCÍA, A. (2006): “La estructura narrativa de sucesos catastróficos en los medios de comunicación”, *I Jornadas sobre gestión de crisis. Más allá de la sociedad del riesgo*. A Coruña. Facultad de Sociología de la Universidad de A Coruña.
- GIL, E. (2009): “Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación”, en MORENO, C. (ed.): *Comunicar los riesgos. Ciencia y tecnología en la sociedad de la información*. Madrid. Biblioteca Nueva, 185-197.
- GONZÁLEZ, A. (2010): *El gobierno de los otros. Confesión y control de la conciencia en la España moderna*. Sevilla. Universidad de Sevilla.
- GIL, Enrique (): “Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación”, en Carolina Moreno (ed.): *Comunicar los riesgos. Ciencia y tecnología en la sociedad de la información*. Madrid. Biblioteca Nueva, pgs. 185-197.

- IGLESIAS, Abel (2013): “La interpretación de las catástrofes naturales en el siglo XVII”, *Ab Initio*, 8, 87-120.
- MARTÍN BARBERO, J. (1987): *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Gustavo Gili.
- MARTÍNEZ, F. (2001): *Conservar progresando: la Unión Liberal (1856-1868)*. Valencia. Instituto de Historia Social.
- PROPP, V. (1998): *Morfología del cuento*. Madrid. Akal.
- STEIMBERG, Ó. (1987): “Prensa amarilla/prensa blanca: notas sobre una conocida y no definida oposición de géneros”, en RIVERA, Jorge y ROMANO, Eduardo: *Claves del periodismo argentino actual*. Buenos Aires: Tarso.
- SUNKEL, G. (2001): *La prensa sensacionalista y los sectores populares*. Bogotá: Norma.
- BOIX, V. (1865): *Memoria histórica de la inundación de la Ribera de Valencia en los días 4 y 5 de noviembre de 1864*. Valencia. Imprenta de La Opinión
- BOSCH, M. (1866): *Memoria sobre la inundación del Júcar en 1864*. Madrid. Imprenta Real
- GÓMEZ, J. et al (1879): “Memoria relativa a la inundación ocurrida en el año 1864 en el río Júcar”, *Anales de Obras Públicas*, VI, núm. 11, pgs. 6-142.
- MATEU, J. (2014-2015): “La riuada gran del Xúquer (1864): respostes de les institucions públiques”, *Saitabi*, núm. 64-65, pgs. 203-233.
- GUILLERMO S. (1985): *Razón y pasión en la prensa popular. Un estudio sobre la cultura popular, cultura de masas y cultura política en Chile*. Santiago de Chile. ILET.